

## Pablo García Baena en persona

\* \* \*

Por Rafael LEON PORTILLO

En la iglesia cordobesa de San Andrés, un 11 de septiembre, se agregaron los nombres de San Pedro y San Pablo al niño que, cuando su nacimiento el 29 de junio (precisamente festividad de esos santos) se había inscrito sólo con el nombre de Rafael por devoción al custodio de su ciudad; al niño que, en la historia de la poesía española, quedará ya para siempre como el antiguo muchacho: Pablo García Baena.

Ese niño, que crece y juega por aquellos contornos, que son los de su casa (en el n.º 11 de la calle Parras, del antiguo barrio de los Bordadores), es el último —tras Antonio, Encarnación y José— de los hijos de Antonio y Dolores.

Pablo comienza sus estudios en la Escuela Nacional «López Diéguez» y después de su examen de ingreso los prosigue en el Colegio Francés como alumno del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza. Acompañados por don Lucas, los colegiales llegan hasta ese Instituto acortando camino por turbias callejitas. Muy de mañana, en los quicios, fugitivas parejas cambian un último beso ácido. Y al fondo de «El Kursal Andaluz», por la puerta abierta con ocasión de descuido, se alcanza ver una copia de «La musa gitana» de Romero de Torres. Pero, tras el cierre del Colegio Francés, Pablo pasa a los Maristas y, de allí (siempre como alumno del Instituto) al Colegio de la Asunción, cuya cúpula es todavía una de las joyas del barroco andaluz.

Al tiempo que sus estudios ordinarios, Pablo cursa Dibujo e Historia del Arte en la Escuela de Artes y Oficios instalada en el Palacio de los Marqueses de Benamejía, lugar en el que Baroja sitúa la trama de *La feria de los discretos*. Entre aquel Colegio y esta Escuela, Pablo se adentra en su formación estética y cultural.

Todavía en el Colegio de la Asunción, el niño feliz que era hasta entonces se desploma ante la muerte de su hermano Antonio el día del Corpus del 38. Su primera crisis de identidad se produce en tal momento. Quizá por ella sienta Pablo una vocación de renuncia. Quizá de allí parta su perdurable acogimiento a San Juan de la Cruz.

Es ésa su época del hallazgo de Lorca, de Rubén, de Manuel Machado, tras el descubrimiento —ya en el verano del 36— de *Le rouge et le noir* y de la *Sonata de otoño*. El niño lector de Verne y de Salgari es ahora el muchacho lector de la Generación del 27 en las antologías de Diego, de Ory, de Onís, en la Biblioteca Provincial instalada en el edificio que por entonces ocupaba la Diputación y que dio cabida luego al Ayuntamiento. Se adentra en Salinas y Guillén, y compra los primeros libros: *Soledades, galerías y otros poemas*, de Antonio Machado, y *La hechizada*, de Barbey d'Aurevilly, en la colección Universal.

En esa biblioteca es donde Juan Bernier, de regreso del frente, encuentra a Pablo el 10 de agosto de 1940. Juan orienta las lecturas de Pablo y le ayuda a ser él mismo. Le muestra a Proust, le confía *La realidad y el deseo* y le hace el regalo de la *Segunda antología poética* de Juan Ramón, con una dedicatoria en la que escribe aún la «R», inicial de Rafael, antepuesta a la inicial de Pablo.

Juan, en su *Diario*, ha contado luego el nacimiento de su amistad con el joven poeta y sus paseos con él, riberas del río, aunque no nos dice haber visto antes a un Pablo niño, con su hermano Antonio, en la casa familiar; haberlo visto luego, adolescente, cruzar con Liébana la calle de Armas.

Pero si Bernier es para Pablo el deslumbramiento de un mundo ya hecho, Pablo es un hallazgo para Bernier, desconcertado con su poesía y cautivo de aquellas «ediciones» en ejemplar único y hechura diversa pero, todas, mecanografiadas o manuscritas e ilustradas como un cantoral miniado por el propio Pablo o por Ginés Liébana («César Liébana entonces»), su amigo de Artes y Oficios y del Instituto; cautivo de aquel cuaderno concluido el 19 de marzo del 39; o del que se llamó *Catacumba de algas*, de Faustino Fernández-Arroyo; o del que escribió Angel Escribano; o de *Escuadras*, del propio Pablo. Juan Bernier llegó incluso a colaborar con una *ilustración lírica* en la 5.<sup>a</sup> de aquellas entregas, *Por el mar de mi llanto*, que lleva fecha de 26 de marzo del 41.

Ginés Liébana estuvo fuera todo ese verano del 40 pero, a su regreso a Córdoba, se incorporó enseguida a la tertulia reunida en torno a la gramola de cierto profesor del Conservatorio, don Carlos López de Rozas, quien —con discreto apartamiento— trataba de hacer olvidar sus viejas convicciones liberales. En aquel ambiente Pablo conoce a Ricardo Molina, aunque su amistad no se hace recíprocamente entrañable hasta varios años después.

El grupo que allí se reúne va a preparar, entre el 40 y el 41, un álbum manuscrito en obsequio a quien los acoge. Pablo deja en él dos de los poemas de *Por el mar de mi llanto*, así como los secretos de «Poema a la música»:

Desciende blandamente, fugitiva,  
sutil, alada, y en mi lira rota  
tañe la cuerda tenue que cautiva...

Son los días felices, cruzados por el largo servicio militar que en la Base de Automovilismo viste a Pablo de uniforme azul y pone castillos en sus solapas; los días enriquecidos con la incorporación de Julio Aumente al álbum y

al grupo. Poco después, en 1942, Pablo presenta sus «Cantigas a las manos de Nuestra Señora» al concurso poético que convocó el diario *Córdoba*.

La especial devoción de Pablo por San Juan de la Cruz, y el hecho de que Liébana fuese profesor de dibujo en el noviciado carmelitano, predispusieron su entusiasmada participación conmemorativa en el centenario del santo. Y, efectivamente, el 23 de diciembre de ese año 42, en el Gran Teatro, Pablo estrena el *Cántico espiritual*, escenificación conjunta de diversos poemas de San Juan enlazados por un humilde romance puesto en boca del juglar:

Pueblo, contempla el misterio...

Pablo, como homenaje a San Juan, fue no sólo adaptador sino actor, dando vida al Entendimiento. García-Gill, joven periodista del *Córdoba*, dispuso el montaje de la obra. Liébana, además de representar al Pastor, se ocupó del decorado y el vestuario. Y en la apoteosis final, entre inciensos, coros y bengalas, las campanas de la Real Colegiata de San Hipólito salpicaron de bronce a toda Córdoba. Allí mismo, Miguel del Moral, ensuasiado, se incorpora al grupo.

Por entonces acaban de comenzar las colaboraciones de Pablo en las páginas literarias semanales del *Córdoba*. Está en ellas, precisamente, su soneto a San Juan de la Cruz, no recogido en *Almoneda*:

Flor en el alba que el sutil rocío  
llenara con angélicos cristales.  
Llama de blancas plumas celestiales  
que en fuego convirtiera el yelo frío...

El grupo recorre las calles de la ciudad y sus puentes, sus compases y sus iglesias, sus tabernas y sus patios, y pasa a ser una «peña nómada». Algún ensayo de afianzamiento en el Círculo de la Amistad, y con invitaciones impresas para los actos que organiza, se abandona enseguida. Pero en el transitorio refugio de Casa Camilo, de la mano de García-Gill, conocerán en 1943 a Mario López.

El mismo año en que va a morir su madre, Pablo, con un guión entre los dos apellidos —según Liébana tenía costumbre de añadirle—, ve impreso su *Rumor oculto*, que apareció formando parte de la entrega n.º 38 de la revista madrileña *Fantasia*, correspondiente al 6 de enero del 46. Ginés Liébana, precisamente en Madrid por entonces, ilustra esa serie con siete dibujos llenos de melancólica elegancia, en cinco al menos de los cuales deja señal de aquella «E» por la que Pablo había escrito:

y, con un alfiler, sobre una verde hoja  
de encina dibujé la inicial de tu nombre.

En ese año también (aunque por su luto no figure en el reparto, donde le sustituye Miguel Salcedo), interviene activamente en la representación del auto sacramental *El hijo pródigo*, de Ricardo Molina, la noche del 17 de agosto, en el Patio de los Naranjos. Y aunque sólo puede ocuparse del vestuario y el montaje escénico, su experiencia del *Cántico espiritual* hizo igualmente memorable aquella representación en la que, entre otros muchos,

intervino Manuel Aumente, quien dos años después modelaría la cabeza de Pablo que, en el 79, pasó a bronce el antequerano Jesús Martínez Labrador.

El 4 de febrero del 47, en el Gran Teatro, los jesuitas lleva a cabo unas justas literarias en las que, ante la colaboración de Pablo (su canto, en liras, a la Inmaculada), hubo de crearse un accésit no previsto en la convocatoria:

Escúchame, Señora,  
atiende de mi lira el son disperso.  
Acude al que te implora,  
reina del universo;  
dora con tu fulgor mi torpe verso...

El académico Luis Martínez Kleiser fue el mantenedor, y Fray Albino, el obispo, distribuyó los premios. Los fotos del acto nos muestran a la Corte de Honor, con las Damas y Ricardo, Pablo y Julio Aumente, escalonadamente ordenados bajo una Inmaculada, copia de Alonso Cano.

Ese mismo año todo el grupo, absolutamente todo él, concurre al Premio Adonais, en el que Pablo sometió a juicio un *Junio* sólo coincidente en el título y algunos poemas con el que más tarde publica en Málaga. «Es la felicidad la que tiene su olor, olor de mes de junio», había escrito Gabriel Miró; y para Pablo, heroicamente sobrepuesto cada día a un cerco de zozobras, «felicidad» y «junio» tendrán siempre una misma imagen. Pero el premio fue para *Alegría*, de José Hierro. Y fue coincidencia, pero no despecho, el que sólo un mes después, en octubre, apareciese el primer número de *Cántico*.

Ocho números constituyen la primera época de esa revista, época que concluye con el cuaderno correspondiente a enero del 49. Una segunda época, cinco años después, abarcó trece números, con sólo once entregas, entre abril del 54 y un mes no determinado del 57. No voy a ocuparme de *Cántico* aquí. Pero sí añadiré que *Cántico* fue el resultado de la capacidad de organización y relaciones públicas de Ricardo Molina, de la discreción equilibrada de Pablo y de la disidencia magnífica de Juan Bernier cuya poesía «social», más grito que cántico, lo hacía —pero sólo en ese sentido— el menos *Cántico* del grupo. Y del continuo impulso de Julio Aumente, unido en todo a la ética y a la estética de la revista, y de la perseverante adhesión de Mario López, que no figuraron en cabecera por su ausencia de Córdoba. Y, por supuesto, *Cántico* fue también el resultado del prodigio gráfico de Del Moral y de Liébana.

Como segundo suplemento de *Cántico* Pablo da, en mayo del 48, *Mientras cantan los pájaros*. Y a finales de ese año va a Madrid, con Ricardo y con Julio, para presentar la revista y presentar sus recientes poemas. Allí, en la estación de Atocha, los espera Enrique Azcoaga. Se descargan las garrafas de vino de Montilla que llevan consigo. Y el 1.º de enero del 49, Adriano del Valle organiza, para ellos, una recepción magna en la que corre el vino cordobés.

Es el Ayuntamiento de Córdoba, precisamente, quien organiza los juegos florales de mayo del 49, que tienen lugar en el Círculo de la Amistad, con Pérez-Clotet y Adriano del Valle en el jurado. El premio Juan de Mena, dotado por la Diputación, lo obtiene Pablo con su espléndida «Casida»:

Ay, no se puede ser desgraciado bajo las palmeras,  
bajo el toldo granate que adelanta la noche en el patio,  
con las manos humedecidas en el agua perfumada de azahar  
que refleja el cobre sangriento de las ánforas...

Al Adonais del 49, que ganará Ricardo con *Corimbo*, Pablo envía su *Antiguo muchacho*, impreso por esa misma colección en el 50.

En julio del 54 tuvo lugar el tercero de los Congresos de Poesía organizados por la Dirección General de Enseñanza Universitaria. Pablo va a ese Congreso con el grupo *Cántico* que allí distribuye el n.º 2 de la segunda época de su revista. Y él, que ese mismo año ha visto morir a su padre, en Compostela se postra ante el Apóstol.

Después se reanudan los días de Córdoba, y en uno de ellos Pablo llega hasta el secularizado convento de San Jerónimo de Valparaíso, alzado con las piedras de Medina Azahara. Se muestran allí unos reposteros heráldicos y, a su imagen, Pablo los comenzará a hacer para los apellidos Hariza, Carbonell, Vargas-Machuca, Zurita de Villavicencio, Fernández de Córdoba-Montemayor, Henríquez de Cárdenas, Ximénez de Illescas, Ulloa, Fernández de Molina, Sandoval, Haro, Arce, La Secada, Rivas, Sisniega, Mendoza de la Vega, Castro, Fajardo... Y arambeles espléndidos como tapices con el «Concierto para el Príncipe Jesualdo de Tarsia», «La primavera», «El elegido», «Juegos de amor en un jardín cortesano», o el «Homenaje a Blancanieves Fernández-Canivell». Pablo cuelga una exposición de esa obra suya en marzo del 59, en la sala de la Caja de Ahorros de Ronda, en Málaga.

Es que, a partir del Congreso de Santiago y de su conocimiento y relación allí con los poetas de *Caracola*, sus visitas a la capital malagueña se hacen cada vez más frecuentes en los huecos que le deja su quehacer entre el 55 y el 56: la asistencia para el Catálogo Monumental de la Provincia de Córdoba emprendido por su Diputación. Y precisamente en Málaga, y en la colección «A quien conmigo va», Bernabé Fernández-Canivell edita en el 57 el definitivo *Junio* como entrega 13.<sup>a</sup> y penúltima de la serie, sólo seguida por los *Poemas para un cuerpo*, de Luis Cernuda.

Su siguiente libro, *Oleo*, lo edita en 1958 la colección madrileña «Agora». *Oleo* es, como título, una referencia a los santos óleos —ya lo ha señalado Guillermo Carnero, tan deudor y tan acreedor de Pablo—; pero es también la declaración de un trabajo poético más ricamente empastado, con más grueso y gama de color.

A efectos bibliográficos, el 57 es el año de su primera *Antología poética*, llevada a cabo en Bujalance bajo el patrocinio de aquel Ayuntamiento. Me he preguntado a veces por qué Pablo ofreció entonces aquella selección —salvo uno— de anteriores poemas suyos. Y creo que la respuesta está en el hecho del acabamiento de *Cántico* y de la primera etapa de *Caracola*, la etapa de aquellos primeros cien números inolvidables que cuidó tipográficamente —y no sólo tipográficamente— Bernabé Fernández-Canivell; del acabamiento de aquella revista de Málaga en la que Pablo colaboró en 15 números, frente a los sólo 13 de su colaboración en *Cántico*.

Al cesar la incitación que *Cántico* y *Caracola* suponían, Pablo va esca-seando en su escritura, que se hace expresamente circunstancial: son de ese

momento los sonetos más recientes de *Almoneda*, subtitulados, por ello, «de ocasión».

En el verano del 61, Pablo deja la casa familiar —ya sólo fraternal— de la calle López Diéguez, a la que (tras la muerte de su hermano Antonio) se había ido desde la calle Juan Rufo. Y Pablo, cruzando el río, se traslada en la calle Ubeda al que será su primer domicilio independiente: al que será su último domicilio en Córdoba. Pero, todavía allí (y con transitorio abandono de su apasionada insistencia por Portugal), decide el más largo viaje que nunca emprendiera fuera de sí mismo: la Costa Azul francesa, la Riviera italiana. Y Milán, Florencia, Venecia, Roma, Nápoles, Capri. Y el Pireo y Atenas, Delfos, Athos. Y El Cairo y Alejandría... Pablo se aleja cada vez más buscándose u olvidándose; reencontrando la Venecia del otoño adriático de su libro de 1950, o pidiéndole a la muda Pitia su respuesta embustera.

Un año después, en el verano del 65, Pablo decide un nuevo giro a su destino: el cambio de la orilla del río por la del mar; el cambio de Córdoba por Málaga. Pablo, todavía en Córdoba, entre el 60 y el 61, al salir de su trabajo en la Diputación, colabora con José María López en su tienda de antigüedades, lugar para el encuentro y la amable tertulia, y en cuya planta baja un taller de costureras se ocupa de sus tapices y reposteros. Por eso, cuando José de Miguel le propone su traslado e instalación en Málaga, juntos abren en Torremolinos una tienda de antigüedades y regalos que, en el 66, mudaron de local en el mismo inmueble de La Nogalera.

El 23 de enero hirió a Ricardo Molina el rayo que no cesa. Pablo había estado mudo mientras llevaba en Málaga sus tapices —su ayuda para ir tirando— a coser por las monjas; mientras Juan Bernier andaba ocupado con su arqueología bética, y Ricardo en sus cantes y sus cantaores. Ricardo, «hijo claro del sol, del estío, del agua...» Tras el acabamiento de *Cántico* y de la primera etapa de *Caracola*, pareció que los poetas cordobeses no tuviesen ya más cosas que decir. «Fueron años duros, y desertamos», ha escrito Pablo.

A Pablo, de su ensimismamiento lo sacó el testimonio malagueño de adhesión que —en «El corral», el bar de la calle Ollerías regentado por Jacinto Esteban— le ofrecieron unos jóvenes pintores y poetas que ya habían dedicado antes su atención a Bécquer y a Bernabé Fernández-Canivell. Por eso, cuando el 11 de marzo del 72 recibió ese homenaje, leyó él su poema «Cándido» expresamente escrito para romper tan largo silencio:

Cartas, fotografías, siemprevivas,  
volved a vuestras vainas, a los féretros  
silenciosos que arrastra la corriente.  
Junto a las olas, yo también soy libre.

De ese modo Pablo rompe un silencio de diez años, y acepta que Angel Caffarena edite su *Almoneda* (*doce viejos sonetos de ocasión*), que nunca fueron doce. El más antiguo data del 43; los más modernos, del 61. Apareció el libro en los «Cuadernos del Sur», y de su edición cuidó Fernández-Canivell, trece años después de que él y Pablo se conociesen en el Congreso de Poesía de Santiago de Compostela.

Mientras tanto, Pablo va dejando entrar por Málaga su sensibilidad constitucionalmente cordobesa: sueña en Córdoba con Málaga y en Málaga con

Córdoba. Y, recíprocamente, en el 58, la malagueña Academia de Bellas Artes de San Telmo lo elige su correspondiente en Córdoba, y —trece años después— la de Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba, en el 71, lo nombra su correspondiente en Málaga.

En 1973 Pablo solicita y obtiene la beca de creación Juan March para preparar su *Antes que el tiempo acabe*, editado luego por el Instituto de Cultura Hispánica. El libro se imprime después de una larguísima espera. Después de la espera —y bastante tiempo más— que el Instituto de Cultura Hispánica tardó en reajustarse como Centro Iberoamericano de Cooperación Intelectual.

Sólo esa demora permitió que, antes que tal libro, apareciesen en el 75 sus *Poemas (1946-1961)*, editados por el Ateneo de Málaga. De su cuidado tipográfico se ocupó también, dentro de lo posible, Fernández-Canivell.

Posteriormente, diversas publicaciones de reducido alcance van recogiendo sus sucesivos poemas, «Helios», en *Torre de las Palomas*; «Tres voces para el verano», en la colección «Villa Jaraba»; «Suite inglesa ante un retrato de María Victoria Atencia», en *Cántico para una amiga*; «Rama fiel para Bernabé», en *Juan de Yepes*; «Fieles guirnaldas fugitivas», en *Jarazmín*. Y el cuaderno del Centro de Estudios Hispánicos de la Universidad de Granada, en el 81.

Retrocedo un poco en este espacio de tiempo, aunque sin salirme de él, para decir que en la noche del 31 de marzo del 79, en el Círculo de la Amistad, Pablo pronuncia el pregón de la Semana Santa cordobesa, que él mismo —huyendo de todo compromiso histórico, crítico, teológico— tituló simplemente «Retablo de las Cofradías», en el que relata la Semana Santa que el Antiguo Muchacho vio desde sus balcones de la calle Juan Rufo o desde los balcones familiares de la calle de la Librería.

Lleva fecha del 82 la *Poesía completa 1940-1980* dada por Visor, con introducción de Luis Antonio de Villena. Edición completísima, incluso con poemas que se advierten como «De un libro inédito, en preparación», con los «Poemas no incluidos en libro», que abren la entrega. En rigor, sólo algunos poemas ocasionales, circunstanciales, «de ocasión» (como fueron los de *Almoneda*) han quedado fuera de este libro completísimo en el que puede verse a Pablo en toda la profunda perspectiva de su labor.

Una perspectiva que Córdoba, su ciudad, reconoció así ya en junio del 83 eligiéndolo como su hijo predilecto y concediéndole la Medalla de Oro de la ciudad, aunque sólo un año más tarde (el 20 de mayo del 84, en el Alcázar de los Reyes Cristianos) se proclame solemnemente el acuerdo y se le impusiese la medalla. La caballerosidad, la magnificencia, la sinceridad de aquel acto, no son olvidables.

Un mes después, Pablo alcanzaba el Premio Príncipe de Asturias de la Creación Literaria. Su obra vierte por todo el espacio del habla hispana. Y ya no es sólo el mayor poeta andaluz de su generación. (Como todos sabíamos.)